

ciencia, lanzó este grito de angustia: "¿No tendré nunca el consuelo de ver un papa cristiano en la cátedra de San Pedro?", (1).

Casi inútil es insistir en los resultados del gobierno de los papas; mas es preciso, porque nada hay que no nieguen sus defensores: niegan hasta los funestos efectos del nepotismo y del régimen teocrático. Desde mediados del siglo XVII se hallaban los Estados romanos en plena decadencia. Y cosa digna de notarse. Al decir de los contemporáneos, se empobrecían las ciudades más florecientes en cuanto pasaban á la benéfica dominación de los vicarios del Cristo (2). La despoblación que afligía al reino católico se hacia igualmente sentir en el patrimonio de San Pedro. Un emisario veneciano escribió en 1675: "Desde hace cuarenta años el número de los habitantes ha disminuido en un tercio; se derriban las casas porque no hay quien las habite; se celebran pocos matrimonios, y á los raros niños que nacen se los mete en los conventos, porque no hay ya ninguna carrera abierta á su actividad.", (3). ¿Era la despoblación resultado de la peste, del hambre ó de la guerra? Los Estados de la Iglesia estaban arruinados por un mal peor que todas esas calamidades: la naturaleza repara los desastres que ocasiona, la paz cicatriza las llagas de la guerra; pero no hay remedio para los males de una mala administración cuando el poder está dirigido por hombres que se decían infalibles é inmutables como la verdad. La codicia de las familias de los pontífices agotaba los recursos del país; á cada vacante de la sede apostólica había nuevos sobrinos que enriquecer: "Las exacciones de los Barberinis, dice un contemporáneo, han arruinado al pueblo. Se esperaba que mejorarán la situación las virtudes de Alejandro VII, pero hé aquí que todo Sienna (la ciudad natal del papa) invade á Roma para chupar la sangre que le queda (4). Un cardenal comparó el régimen romano con un caballo ya fatigado por la carrera, al cual se le espolea incesantemente para que corra, hasta que cae de extenuación. Aún bajo el despotismo, los esclavos tenían una garantía, el interés del amo y el sentimiento natural que los lleva á

(1) *Vie de DOMAT*, publicada por COUSIN (*Stances de l'Académie de sciences morales et politiques*, t. III, p. 131).

(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, p. 111, nota 2.

(3) MOENIGO, *Relazione della corte di Roma* (RANKE, t. IV, página 281).

(4) *Vita di Alessandro VII* (RANKE, t. IV, p. 112).

conservar sus dominios para sus descendientes; se cuida de sus súbditos, aunque no sea más que por cálculo. En Roma, los cardenales, colegio de ancianos, todos deseosos de llegar á la silla de San Pedro, procuraban elegir al que de entre ellos ofrecía más probabilidades de morir ántes; y no teniendo cada pontificado más que una corta duración, se apresuraban los parientes del papa reinante á aprovecharse de su buena fortuna, "semejantes, dice un emisario veneciano, al poseedor precario de un fundo que lo esquilmaba durante su corta posesión, sin cuidarse de hacer mejoras de que él no se ha de utilizar.", (1). Este egoísmo es la llaga incurable de un gobierno de sacerdotes, como decía ya un embajador de Venecia á mediados del siglo XVI (2).

La codicia era la falta menor de la corte de Roma, ó, por mejor decir, donde ella reina con ausencia de toda garantía son inevitables los más criminales abusos. Ya hemos dicho que doña Olimpia, la cuñada de Inocencio X, vendía los empleos y los beneficios; ¿por qué no lo habían de hacer los funcionarios y sus parientes? La fiesta de Navidad era el día consagrado para ofrecer regalos á todos los que gozaban de alguna influencia política: así se celebraba el nacimiento de Aquel que enseñó la humildad, la pobreza y el desprecio de las cosas de este mundo, dando y recibiendo presentes destinados á corromper al vicario de Cristo ó á los que él abandonaba el gobierno de la Iglesia! No había maña de estafador ni práctica de falsario que no empleáran para sorprender al Santo Padre firmas que cubrían de vergüenza á la Iglesia de que era jefe. ¡Se lee en los historiadores contemporáneos que el hermano de Alejandro VII se enriqueció administrando justicia, es decir, vendiéndola! ¡Se lee en las relaciones oficiales que el procurador general sobornó á falsos testigos á fin de obtener la condenación de un Aldobrandini! ¿Y para qué? ¡Para obligarlo á entregar algunos castillos á la familia del papa reinante! Se lee que el soberano pontífice firmaba por dinero cartas que ponían al portador al abrigo de toda acción judicial: ¡salvoconductos de nueva especie, que habían llegado á ser un medio usual para escapar á las persecuciones de un acreedor demasiado exigente!

(1) BASADONA, *Relazione di Roma* (RANKE, t. IV, 2, p. 287).

(2) SORANZO, en ALBERI, II, 4, 88 (1563).

Se lee que, en pleno siglo XVII, fueron restablecidas en Roma las composiciones por los crímenes, con la diferencia de que no era la parte ofendida como entre los Bárbaros, sino los jueces, ó, por mejor decir, los sobrinos del Santo Padre los que recibían el dinero: ¡bajo el reinado de doña Olimpia produjo este honrado recurso dos millones de ducados en siete años! (1).

¿Podiera creerse que los Estados romanos eran las solas víctimas de este horrible gobierno, porque como los católicos procuran salir de las dificultades con distinciones, distinguen entre el papa, jefe de la cristianidad, y el papa príncipe soberano. Pero hasta esa excusa les falta: los abusos que manchaban á la corte de Roma infectaban también á la Iglesia. ¿No era, después de todo, el papa señor absoluto de la Iglesia, al decir de los ultramontanos? ¿Por qué, pues, no había de explotar á la Iglesia como explotaba el patrimonio de San Pedro? En realidad, no era sino con los beneficios eclesiásticos con lo que se enriquecían los soberanos pontífices y enriquecían á sus favoritos. La cristiandad había tratado en el siglo XV de poner un término á las vergonzosas prácticas de la corte de Roma; mas los decretos de los concilios generales fueron impotentes para reformar un poder irreformable. Cuando la revolución religiosa del siglo XVI quitó al papado la mitad de Europa, se indemnizaron los sucesores de San Pedro, imaginando nuevas exacciones para llenar el vacío de su tesoro. Se introdujo el uso de grabar los beneficios con pensiones en provecho de los protegidos del papa, y fué preciso recurrir á falsedades para burlar los concordatos y las leyes; pero las falsedades no han atado jamás al llamado poder espiritual. En Italia, donde esas trabas no existían, podían dar los vicarios de Cristo rienda suelta á su favoritismo, y de aquí resultaron abusos monstruosos. Tal titular de un rico obispado estaba recargado al punto de que no le quedaban más que 60 escudos de renta; hubo obispados que quedaron vacantes, porque nadie quería someterse á las condiciones que el papa imponía á los elegidos; en un solo año fueron depuestos de sus funciones 28 obispos del reino de Nápoles, porque no pagaban sus pensiones; hasta los pobres curas de aldea tuvieron que

privarse de lo necesario para mantener el lujo de la corte de Roma (1).

Por más que sutilicen los defensores del papado, no borrarán los hechos. En la Edad Media también explotaron duramente los papas las iglesias, pero lo fué á lo ménos en servicio de una gran ambición, y la ambición de la santa sede se confundía con la existencia del catolicismo; mas en el siglo XVII, los jefes de la cristianidad hacían de su poder espiritual oficio y mercancía en un miserable interés de codicia: esto sólo prueba que no quedaba ya un sentimiento cristiano en los sucesores de los apóstoles. Había, sin embargo, órdenes religiosas que se atribuían la misión de practicar el ideal evangélico: ¿cómo conciliar el monaquismo con la vida de los hombres que ocupaban el trono de San Pedro? Los monjes son la fuerza viva del catolicismo; cuando su institución cae en descrédito, puede afirmarse que la religión tradicional se va. Así sucedía en el siglo XVII: los frailes eran despreciados en Roma; habríase creído manchar las dignidades de la Iglesia confiriéndolas á los discípulos de San Francisco ó de Santo Domingo. ¿Merecían este desprecio? Hay que creerlo, pues que el papa se queja que conventos y aún órdenes enteras no tenían de religiosos más que el nombre. El soberano pontífice redujo los monasterios; propuso á los Venecianos que secularizaran congregaciones que se habían hecho inútiles, y emplearan sus bienes en hacer la guerra á los infieles (2). Así fué el papado quien comenzó la obra de la revolución: señal ciertamente de que la religión estaba en decadencia. De hecho no había ya nada en Roma de católico más que las formas, y aún éstas tomaban un aire mundano. Las emisarios venecianos comparan las iglesias romanas con los teatros, y á los predicadores con los comediantes. Ni en Roma ni en Italia se encontraban teólogos ni sacerdotes serios: la decadencia de los espíritus era universal (3).

¿A qué condujo en definitiva la reacción tan ponderada del catolicismo? Á una ruina más irremediable que la del siglo XV, porque vino después de esfuerzos gigantescos para recobrar la do-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, p. 116 y siguientes.

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, 2, página 252 y siguientes.

(3) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, 2, página 283 y t. IV, p. 120.

minacion que la Reforma había quitado al papado. Por mejor decir, la religión tradicional no había cesado jamás de decaer. Poco importaban, en efecto, los triunfos parciales del catolicismo: no es el hecho quien decide del porvenir de una religión, sino el valor intrínseco de sus creencias. Ahora bien, una parte de la cristianidad había desertado de la Iglesia á comienzos del siglo XVI, porque la pura doctrina del Evangelio estaba en ella viciada por mil supersticiones, por mil abusos. ¿Qué hizo la reacción católica? ¿Procedió á una sabia reforma? ¿Cortó las plantas parásitas que vivían á costa del árbol de la fe? Léjos de eso, dió una nueva fuerza á cuantos elementos supersticiosos había en el catolicismo, lo cual era perpetuar los vicios de la Iglesia y agravarlos. La decadencia debía, pues, continuar á través de las aparentes victorias del catolicismo. En verdad, tiene razón el papado para llamarse inmutable, es por lo ménos incorregible. Se le ha visto en medio del siglo XIX proclamar una superstición que la Edad Media se había negado á sancionar, y el mundo católico se ha apresurado á celebrarla con fuegos artificiales. ¡Singular ceguedad de los hombres de lo pasado! Esos fuegos artificiales han iluminado la victoria de los enemigos del catolicismo, porque una superstición agregada á las que ya alteran la fe es un principio de ruina que se añade á todos los que ya están acumulados en Roma. Así, ¿qué ha venido á ser el papado? Es de su esencia ejercer el poder espiritual y dominar sobre el poder temporal. El poder espiritual es el poder del espíritu: ¿es pr mulgando el dogma de la inmaculada concepcion como prueba el papado que es el poder del espíritu? El poder temporal es un medio de accion sobre él

mundo para mantener y extender la fe: ahora bien, el mundo ignora que tenga un papa por soberano. Los mismos pueblos que están sometidos á su dominacion soportan su yugo con inquietud (1): son bayonetas extranjeras las únicas que sostienen el poder temporal del obispo de Roma. El poder espiritual y temporal es la soberanía; la soberanía ha pasado á las naciones: no hay ya, pues, papado.

Quando la Iglesia decae, decae tambien la religion, porque en el catolicismo, la Iglesia y la religion se confunden. La decadencia, ó, si se quiere, la trasformacion de las creencias data de léjos, se remonta hasta la Edad Media. En el siglo XV, un soplo de incredulidad agitaba los espíritus; penetró en el santuario y hasta en los palacios de los que seguían llamándose vicarios del Cristo, cuando ya no creían en el Hijo de Dios. Se necesitó una revolucion para reanimar la fe cristiana. Los protestantes se impusieron la mision de volver al cristianismo primitivo, y la reaccion católica se esforzó en dar una nueva vida á la vieja ortodoxia; pero no se resucita lo pasado: los reformadores que quisieron volver á la fe de los primeros siglos dieron un paso fuera de la religion tradicional; y á su vez, los reaccionarios, para hacer aceptar la fe ortodoxa á generaciones que no tenían ya ni las necesidades ni las ideas de la Edad Media, se vieron obligados á acomodarse á las tendencias de la humanidad moderna. La revolucion religiosa del siglo XVI condujo, pues, á una trasformacion del cristianismo histórico. Tal es el espectáculo á que vamos á asistir: es el resultado más importante de la lucha del catolicismo y la Reforma.

(1) Escrito en 1858.

HISTORIA DE LA HUMANIDAD



Lutero rompe las Bulas del Papa y hace quemar las Decretales.